



profanado por la horda. (Foto Marqués de Santa María del Villar.) Abajo: El Ayuntamiento, de donde salieron, el 5 de septiembre de 1938, después de resistir catorce días de asalto, los 500 supervivientes de Belchite, para romper el cerco y emprender la marcha a Zaragoza, a través de territorio enemigo.

rial. Los tres intentos fracasaron. Sólo queda probar, de las cuatro callejas que arrancan de la plaza del Ayuntamiento, la del Señor, estrechísima y larga, llena de recovecos que la hacen fácil blanco desde balcones y ventanas. Más de quinientos metros de este camino angosto y peligroso les separan del campo. Y, para mayor riesgo, tres altas barricadas, que es preciso escalar al arma blanca.

Es ya de noche sobre los llanos de Aragón cuando se inicia la proeza. El grueso de la fuerza, que Santa Pau acaudilla, desborda por la calle de San Juan. Les flanquean grupos de escaladores que, trepando por las ruinas de las casas deshechas, reducen al silencio a los soldados rojos que desde las ventanas les hostilizan. A cada metro que avanza se reduce aún más la pequeña columna. Y entre un tiroteo espantoso, al reflejo de los cuchillos y al resplandor de las bombas de mano, los héroes de Belchite recorren la calle de San Juan, las del Señor y San Ramón, la plaza de San Salvador y la calle y el arco de San Roque, donde asaltan la última de las tres barricadas. Cuando ponen pie en la carretera de Zaragoza, son poco más de ciento.

Santa Pau va a su frente. Y el que realizó tantas, aún quiere acometer otra gloriosa temeridad. Desde un olivar próximo les hostilizan con el nervioso tableteo de una ametralladora, que Santa Pau se propone reducir al silencio. Ataca él solo, bajo la clara luz de las estrellas. Pero alguien ha espiado sus movimientos, y abrazado a la tierra de Belchite, que él con tanta bravura defendió, Santa Pau muere de un bayonetazo.

* * *

Tal fué la gesta del Belchite antiguo.

Para memoria eterna de los que allí cayeron y ejemplo y acicate de las generaciones del mañana, nuestro Caudillo Franco ha querido que las ruinas gloriosas de Belchite queden en el prestigio intacto de su dolor actual. Pero, al pie de ellas, una nueva ciudad, trabajadora y limpia, bullidora y moderna, pregonará a las gentes el ímpetu de un pueblo que, sobre los escombros de una España caduca, afirma su decisión inquebrantable de construir un Imperio.

Regiones Devastadas está ya a la tarea. Centenares de presos, que redimen sus pasadas culpas con el trabajo, la han dado ya comienzo. Nada faltará en ella

para que el nuevo Belchite sea eternamente digno de la gloria que al viejo Belchite debe España. Hay, en aquellas tierras que profanó la horda, como un bullicio alegre de faena. Dentro de algunos meses, sobre las que hoy son pardas tierras de sembradura, que la técnica allana y urbaniza, se alzarán nuevas torres, y casas labradoras de acogedora traza, y parques y jardines, y campos de deportes, y plazas donde la juventud, al pie del monumento a los caídos, aprenda, en sus desfiles, a reverenciar y servir a la Patria española. Y cuando, en fecha breve, bajo el claro clamor de sus campanas, Belchite vuelva a ser la ciudad mansa y firme, cordial y laboriosa, pacífica y cristiana, ofrecerá a las gentes el símbolo magnífico de sus dos ciudades, tan distintas y opuestas como los dos sistemas que encendieron la guerra en nuestra España: el Belchite que el marxismo arrasó y el que la España de Franco construye.

PEDRO GOMEZ APARICIO

